

## **FAMILIARIZARSE CON LOS RITOS DE LA MISA (re-aprender a vivir la Misa en mejora continua 1ª parte)**

Esta charla es una continuación de *“La tragedia del cristiano: olvidar la Misa”*<sup>1</sup>. Recuerdo dos ideas de esa exposición que sirven de partida. El primer punto es que *“la liturgia de la Eucaristía se desarrolla conforme a una estructura fundamental que se ha conservado a través de los siglos hasta nosotros”*<sup>2</sup>. El segundo es que desentrañamos el misterio de la Misa a través de los signos; por tanto, *“es necesario conocer estos santos signos para vivir plenamente la Misa y saborear toda su belleza”*<sup>3</sup>.

El objetivo de la charla es proporcionar medios para re-aprender a vivir la santa Misa en mejora continua. Pretendo que *“no asistamos a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de ritos y oraciones, participemos consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada”*<sup>4</sup>.

### **La importancia de los símbolos en nuestra fe**

El Cristianismo es profundamente simbólico. La razón última se encuentra en Cristo. Es el Dios encarnado, el mayor de los signos es su humanidad Santísima. Nuestra fe se basa en la unión de lo humano y lo divino, de lo visible y lo invisible, de lo profano y lo sagrado, de lo sensible y de lo no sensible. Los símbolos son necesarios para conocer, para ir de lo más palpable a lo más oculto. Aristóteles afirmaba que no se piensa sin imágenes. El símbolo es un signo que establece una relación de identidad con una realidad, a la que evoca o representa. Es natural que Cristo instituyera los sacramentos, signos sensibles y eficaces de la gracia. *“Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento”*<sup>5</sup>. Así esa realidad sobrenatural nos entra por los ojos, los oídos, el tacto, el olfato, el gusto...

Los signos son realidades abiertas, en el sentido de que cada persona puede darles una significación particular. Esto es cierto siempre que respetemos unos límites, que proceden de la relación entre el signo y lo significado. Ofrecer unas flores marchitas sería signo de desamor, del amor son las flores lozanas, mejor rosas; el agua sirve para lavar, el pan para alimentar, el incienso para perfumar... La liturgia es rica en símbolos con significado. Nos desvelan el alma de las cosas que suceden y elevan nuestro corazón a Dios.

La filosofía nos enseña que la verdad, el bien y la belleza son uno, siendo la verdad la fuente. Así, la belleza es buena y verdadera, por lo mismo que el bien es verdadero y bello y la verdad es buena y bella. Al interrelacionar tan íntimamente los tres, nos encontramos con que son inseparables por lo que un objeto no será lo uno sin lo otro. La belleza de la liturgia no es una cuestión de estética, sino que manifiesta una verdad. Los elementos empleados deben servir para situarnos en lo que celebramos, una realidad más allá de lo terrenal, en lo sagrado, en la santidad de Dios. Por eso el Cáliz reviste un arte, una riqueza, una belleza; nos sitúa en la celebración de la boda del Cordero, Jesucristo, y revela su contenido: la Preciosa Sangre de Cristo, de la que una sola gota basta para salvar el mundo. De manera análoga que para un brindis no usamos un vaso de agua sino una copa de cristal fino, apto para el cava y producir un sonido especial al chocar.

### **El signo privilegiado de la palabra**

En la Liturgia, san Agustín decía que las palabras tienen la primacía en el orden de significar. Son un signo privilegiado para penetrar en las realidades sobrenaturales. *“La fe viene del oír”* (Romanos 10, 17). En el caso de la Misa más, *“pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Cristo quien habla”*<sup>6</sup>. *“En la Misa*

---

<sup>1</sup> La encuentras en [www.ideasclaras.org](http://www.ideasclaras.org) en la lista de artículos del 10 de febrero.

<sup>2</sup> Catecismo de la Iglesia católica n. 1346.

<sup>3</sup> Francisco, catequesis (20.12.2017).

<sup>4</sup> Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosantum Concilium* n. 48

<sup>5</sup> Catecismo de la Iglesia católica n. 1131.

<sup>6</sup> Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosantum Concilium* n. 7

*las palabras y los episodios de la Biblia no sólo son narrados, sino revividos; la memoria se convierte en realidad y presencia. Lo que sucedió «en aquel tiempo», sucede «en este momento», «hoy» (hodie), como le gusta expresarse a la liturgia. No sólo somos oyentes de la palabra, sino interlocutores y actores de la misma. Es a nosotros, allí presentes, a quienes se dirige la palabra; estamos llamados a ocupar el lugar de los personajes evocados*<sup>7</sup>. En la Misa, la palabra se convierte en palabra viva, performativa, cauce de la gracia. Su eficacia en nosotros dependerá del amor con que la acogamos. De ahí que el recogimiento de los sentidos y el silencio interior sea actitudes claves para aprovechar la celebración; la escucha atenta es una forma de amor a quien nos habla. La desconexión del mundo digital y de las prisas del día supondrán un esfuerzo no pequeño, pero muy productivo. También será una gran ayuda la lectura de los textos antes de asistir a Misa. Así vamos de repaso, concediendo a la escucha el valor añadido del recuerdo de lo que ya se ha leído.

A veces las palabras pronunciadas por el celebrante dan significado al símbolo. Es el caso de las gotas de agua que el celebrante vierte en el vino que será consagrado. Su origen es una acción de Cristo: lo hizo en la Última Cena porque era la costumbre, el vino se rebajaba con agua. Pero el sentido de esa acción en la liturgia se precisa por la oración que el celebrante pronuncia en voz baja: *“Por el misterio de esta agua y este vino, haz que compartamos la divinidad de quien se ha dignado participar de nuestra humanidad”*. El Verbo se encarnó para hacernos *“partícipes de la naturaleza divina”* (2 Pedro 1, 4). Es lo que el signo recuerda para encender el anhelo de unión con Dios en Cristo por el Espíritu Santo.

### ***Abundando en los símbolos de la liturgia: el altar, los ornamentos y el código de los colores***

Muchos signos esconden una larga tradición. Es el caso del Altar, un signo sagrado antiquísimo presente en la mayoría de las religiones. En el Antiguo Testamento aparece muchas veces mencionado, se decretaba las normas de cómo debía ser construido y consagrado, de cuál había de ser la conducta ante él. Todo ello respondía a que era el lugar de encuentro con Dios, donde se inmolaba la víctima para adorar o dar gracias o alcanzar el perdón o el favor de Dios con su pueblo. En nuestro caso, el altar simboliza a Cristo. Es el lugar donde recibimos a Aquel que ha bajado del cielo; donde el Hijo, Sumo Sacerdote, se ofrece al Padre como Víctima inmolada, como fue el madero de la Cruz en el Calvario. Miremos con amor el sitio en el que somos salvados con indecible Amor. Por eso el celebrante lo besa expresando veneración y respeto. Por eso se embellece con lienzos, flores y cirios, y preside el Crucifijo.

Los ornamentos (alba, estola, cíngulo y casulla) tienen por misión recordar al sacerdote y a los fieles congregados que esa persona dispuesta a celebrar la Misa es el mismo Cristo, actúa en la persona de Cristo, le presta sus palabras, sus manos, toda su persona. Por eso es revestido con los sagrados ornamentos, que recibió por vez primera en su ordenación sacerdotal. Por el sacramento del Orden, participa en el sacerdocio de Cristo como ministro, y se reviste al modo de un icono del único y sumo Sacerdote de la Nueva Alianza.

Y ¿el código de los colores? El blanco es el color de las túnicas de los santos del Cielo, de los han lavado sus manchas en la Sangre del Cordero, y le alaban con palmas en las manos, y de los ángeles. Es el color de las fiestas y del tiempo de Pascua. El morado, combinación de negro y rojo, es el color del Adviento y la Cuaresma. Tiempos de pena mezclada con amor. La pena de que todavía no ha llegado Dios, junto al amor de su inminente Navidad y futura Parusía. La pena del desierto y la agonía de la Pasión, junto al amor a nuestro Salvador. También es el color de los difuntos, antes se usaba el negro. El rojo es el color de la sangre y el fuego. El color de los mártires, de la Cruz, de la preciosa Sangre, del Domingo de Ramos y el Viernes santo, del Sagrado Corazón y del Espíritu Santo. El verde es el color del tiempo Ordinario. Nos recuerda la novedad de vida que trae el día que comienza y de la esperanza alegre que guarda. Una llamada a hacerse santo en lo ordinario. Hay dos colores singulares: el rosa, que se emplea el domingo 3º de Adviento (*Gaudete*) y el 4º de Cuaresma (*Laetare*), es un morado matizado; manifiesta que la penitencia no es un fin, es medio para gozar de las alegrías futuras de la Navidad y de la Pascua respectivamente. Y

---

<sup>7</sup> Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, 1ª predicación de Cuaresma del 2022.

el azul, que solo se usa en la solemnidad de la Inmaculada, es el color del cielo limpio y del agua clara, de la santidad de la “sin pecado”, de la toda hermosa.

### ***Familiarizarse con los ritos de la Misa***

¿Somos capaces de nombrar los ritos? ¿Distinguimos los elementos que componen cada uno de ellos? ¿Comprendemos el significado y la belleza que encierran? ¿Cómo pueden modelar nuestra participación?

Con el documento “*Un esquema de la Misa, paso a paso*” respondo a esas cuestiones. En ese escrito, que complementa esta charla, recojo los ritos, sus elementos y su significado. Toca interiorizarlo en la oración. No basta estar enterado ni sabérselo al dedillo, reclama empaparse de su alcance, belleza y valor para así participar “*consciente, piadosa y activamente*” en la Misa.

Familiarizarse con los ritos supone una educación y un empeño continuados, que traerán gracias renovadas a nuestra vida cristiana. Hay abundante bibliografía disponible<sup>8</sup>. Aconsejo que cíclicamente sean argumento de la oración. El recuerdo (poner en el corazón) de lo ya sabido, el hallazgo de un detalle nuevo, el caer en la cuenta de un matiz conocido pero hasta entonces no vivido... refrescarán nuestra Misa. Sin omitir el recurso al Espíritu Santo, para que nos auxilie y así los buenos propósitos sembrados en la oración fructifiquen al participar en la celebración.

### ***La preparación del corazón para gustar los detalles: el papel decisivo del Espíritu Santo***

Al abordar el esquema de la Misa percibimos la abundancia de detalles que componen la celebración eucarística. Necesitamos de un maestro para re-aprender a vivir la Misa. “*A este propósito es necesario despertar en nosotros la conciencia del papel decisivo que desempeña el Espíritu Santo en el desarrollo de la forma litúrgica y en la profundización de los divinos misterios*”<sup>9</sup>. Nuestros esfuerzos por apreciar, comprender y vivir la Misa darán un fruto escaso a menos que nos confiemos al Espíritu Santo. Luego habrá que poner los medios a nuestro alcance, que espero aumenten con estas charlas, pero sin Él nos quedaríamos cortos.

Imploremos la ayuda de lo alto, invoquemos al Espíritu Santo, antes y durante la celebración. Pidamos sus dones; que aumente la fe, la esperanza y renueve el amor; que limpie nuestra miseria; que nos rescate de la rutina despertando el deseo de cuidar alguna novedad; que recobremos la sensibilidad para lo sagrado devolviéndonos el gusto por los detalles; que nos auxilie para retornar de las distracciones. Dispongamos así nuestro corazón para saborear gozosamente la celebración.

---

<sup>8</sup> Catequesis del Papa (XI.2017-IV.2018) <https://opusdei.org/es-es/article/libros-electronicos-para-descargar/#Catequesisobrelasantamisa>; predicación de Cantalamessa en los cuatro viernes de Cuaresma del 2022 <http://www.cantalamessa.org>; José Benito Cabaniña, Dios habla bajito ed. Palabra (capítulos II, III y apéndice); Javier Echevarría, Vivir la Misa ed, Rialp; José Pedro Manglano, El libro de la Misa ed. Planeta; Ricardo Sada, Consejos para vivir la Santa Misa ed. Rialp.

<sup>9</sup> Benedicto XVI, exhortación *Sacramentum caritatis* n. 12